

## CONFERENCIAS CÉLEBRES

Continuamos esta sección de la revista, dedicada a Conferencias célebres impartidas en la Universidad Autónoma de Madrid a lo largo de su historia, bien como Lecciones inaugurales de curso académico, o bien impartidas en su investidura por Doctores Honoris Causa nombrados por esta universidad. Se trata por tanto de conferencias con importantes contenidos relacionados con la ciencia y el progreso del conocimiento, e impartidas por personalidades ilustres del mundo académico, científico o social.

En esta ocasión publicamos el Discurso de Investidura como Doctor Honoris Causa de la Universidad Autónoma de Madrid en 2008, de la **Dra. María Ángeles Durán Heras**, Catedrática de Sociología y Profesora de investigación en el CSIC.

## DISCURSO DE INVESTIDURA COMO *DOCTOR HONORIS CAUSA* POR LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

de

*María Ángeles Durán Heras*

*Catedrática de Sociología y Profesora de investigación en el CSIC*

## INVESTIGACIÓN SOBRE FEMINISMO Y CAMBIOS SOCIALES

*Magnífico y Excelentísimo Señor Rector  
Excmos. Miembros del Claustro  
Compañeros y amigos*

Si cuando pisé por primera vez las instalaciones de la recién creada Universidad Autónoma de Madrid, en el parque del Retiro, me hubiesen anunciado que este día iba a llegar, no habría sabido imaginarlo.

Son cientos las personas e instituciones, de España y fuera de ella, a quienes tendría que agradecer su ayuda a lo largo de mi vida, tanto en la personal como en la de investigadora y docente. Entre ellas, las Facultades en las que estudié y en las que he enseñado, las Fundaciones que becaron mis investigaciones, la Federación Española de Sociología y el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Pero hoy sólo voy a centrarme en las que tienen relación directa con el acto que nos ha reunido.

En sus comienzos, la Universidad Autónoma fue un pequeño milagro. El profesor José Jiménez Blanco me incorporó al *Departamento de Sociología* como profesora adjunta interina, a condición de terminar cuanto antes la tesis que ya tenía avanzada. Mientras en la Facultad de Económicas, de la que provenía, había llegado a tener cerca de quinientos alumnos en el grupo de prácticas, allí el límite estaba en treinta y cinco alumnos en las clases teóricas. El salario era digno y la garantía de continuidad, también. Comprar libros para la biblioteca resultaba tarea fácil y, más intangible pero no menos

importante, el Departamento era interfacultativo y la composición de sus docentes, sumamente variada; tanto por procedencia disciplinar como por orientación ideológica.

A Jiménez Blanco y después a Murillo Ferrol, igual que a todos mis colegas de departamento de aquella primera hora, les debo el disfrute de una libertad de acción y estímulo intelectual extraordinarios, que agradezco desde aquí calurosamente. También aprendí mucho con las primeras hornadas de estudiantes, sobre todo los de la especialidad de Sociología de la Economía. Al elegir aquella pequeña especialidad, tan poco orientada al mercado, en cierto modo anticipaban algunos años su futura condición de docentes e investigadores. No puedo citarles a todos, pero me alegra haberles acompañado en los inicios de su vocación intelectual y me siento feliz al reconocer a algunos de ellos entre los que ahora portan trajes académicos, sentados en las primeras filas.

A esta Facultad de Ciencias Económicas, que me albergó entonces y ahora me recibe tan solemnemente; al *Departamento de Sociología*, que durante más de diez años fue mi casa; y, en su nombre, a los profesores Miguel Beltrán y Gerardo Meil, compañeros y amigos, les doy mis emocionadas gracias.

Los primeros años de la Universidad Autónoma coincidieron con un período intenso de cambio social. La fuerte natalidad de años anteriores había provocado un baby-boom, reforzado en el acceso de las mujeres a las aulas por otros tres fenómenos sociales: el desplazamiento de la población rural hacia las ciudades, la aparición por movilidad ascendente de una amplia clase media, y la plena incorporación, por primera vez en la historia española de las mujeres a la enseñanza media, con la consiguiente ampliación del número de candidatas al nivel universitario.

El acceso de las mujeres a la Universidad no podía reflejarse solamente en términos cuantitativos. Todas las instituciones cambian cuando cambia el perfil humano de sus componentes, y a finales de los setenta, con la transición política mascándose en el aire, la Universidad era un hervidero de ideas nuevas y un ensayo permanente de nuevas fórmulas organizativas.

Antes he dado las gracias al Departamento de Sociología y ahora me corresponde hacerlo al *Instituto Universitario de Estudios de la Mujer*. El pequeño núcleo que empezó llamándose Seminario Interdisciplinar fue pionero en la búsqueda de la innovación desde la perspectiva de la igualdad entre hombres y mujeres. Algo que ahora resulta políticamente correcto, pero entonces no lo era. Probablemente no sea esta la ocasión adecuada, ni dispongo del tiempo necesario para hacerlo; pero podría recordar numerosas anécdotas de aquellos días fundacionales y esperanzados en que las alegrías fueron más que las tristezas, aunque no faltaron disgustos e incomprensiones. Allí, en el Seminario, queríamos repensar la historia de cada disciplina y participar en el diseño de su futuro. La metodología, los conceptos básicos, el uso de los resultados de la investigación; todo nos parecía necesitado de nuevos bríos para enderezar la trayectoria de la ciencia en una dirección menos parcial y sesgada de la que hasta entonces llevaba, que permitiera recoger mejor las experiencias y nuevas necesidades de conocimiento de las mujeres.

Como ustedes saben, las condiciones sociales pueden vivirse sin saber que se viven. En mi caso, debo a la preparación de las oposiciones a cátedra el encuentro con el feminismo. Al menos formalmente, en la década de los sesenta, y durante casi toda la de los setenta, todavía estaba en vigor aquella Ley Fundamental que pretendía liberar a las mujeres del taller y de la fábrica, lo que en la práctica equivalía a relegarlas al ámbito privado. Por ejemplo, yo no pude abrir una cuenta corriente para domiciliar mi salario sin el permiso marital previo.

A pesar de ello, no sufrí experiencias personales intensas de desigualdad durante la infancia y la juventud. Sin duda contribuyó mi condición de primogénita, ser la mayor de seis hermanos. Estudié en un colegio exigente en disciplina y formación intelectual, solo para niñas, donde no tuve confrontación directa con compañeros varones. En cuanto al ambiente familiar inmediato, al fallecer mi padre, mi madre tuvo que asumir muy tempranamente la responsabilidad de sacarnos adelante. No creo que lo que

obtuve o dejase de obtener a mi paso por las Facultades de Ciencias Políticas y de Derecho, ni en los primeros años de inserción profesional, tuviera mucho que ver con mi condición de mujer. Aunque, eso sí, fue difícil la conciliación entre empleo y familia cuando fundé (fundamos) familia propia; por ejemplo, cuando coincidieron plenamente las fechas de las oposiciones de adjuntía y el final de la gestación de mi tercer hijo.

Con todo y eso mi viaje a Damasco se produjo durante la preparación del llamado "*Concepto, método y fuentes*" de la disciplina, en aquella denostada sucesión de seis ejercicios eliminatorios. Preparación que, por cierto, no habría sido posible sin la contribución de José Ramón Torregrosa, mi compañero en la vida desde los dieciocho años. Aunque no le gusta ser citado en público, y menos aún en los actos solemnes, sería injusto no reconocer que sus consejos y sus libros de teoría sociológica, e historia y filosofía de la ciencia, tan amorosamente acumulados, me fueron de una utilidad extraordinaria. Si entonces los usé tranquilamente, como bienes gananciales y al alcance de la mano en la casa común, hoy tengo que decir que también la mitad de este *Honoris Causa* con que ustedes me honran, es suya.

Las oposiciones sucesivas duraron largos meses, incluso años, en el purgatorio de ver poco a los amigos, y apenas el sol. Durmiendo escaso, y con el castigo añadido de compensarlo a base de café y azúcar, una factura que irremediablemente se paga a medio plazo. Pero de esa negrura agónica nació una certeza en la que antes no había reparado: la de que no había mujeres entre los Padres Fundadores de las ciencias sociales, y que su ausencia fundacional pesaba sobre el desarrollo de todas las disciplinas del campo. Sin llevarlo al extremo de afirmar que las experiencias sean intransferibles, o que sólo la experiencia directa permite el conocimiento, yo llegué al convencimiento de que los Padres Fundadores habían proyectado sobre su visión del mundo lo que ellos veían como sujetos particulares, ceñidos por su propia circunstancia. Esto es, lo que percibían y experimentaban como observantes y teorizadores varones. Las consecuencias de semejante restricción se hacían sentir especialmente en la sociología de la familia, de la desigualdad, en la sociología económica y en la del trabajo.

Más allá de la experiencia profesional, la preparación de la *Memoria de Cátedra* fue la primera ocasión en que sentí de cerca la cárcel del lenguaje. Siempre me han atraído los idiomas, y hasta entonces creía que me movía sin barreras dentro del idioma español. Sin embargo, ahí me di cuenta de la dificultad añadida que para mí significaba el constituirme en hilandera del lenguaje abstracto, del lenguaje desgenerizado del sujeto que, para avanzar en el conocimiento, se pretende universal. Cuando mis compañeros varones abandonaban su circunstancia personal para subirse al carro de la impersonalidad, no sufrían apenas el acoso de las reglas gramaticales. *Uno* eran, y *uno* seguían siendo. No me pasaba a mí lo mismo, porque si en lo coloquial y cotidiano, en el tú a tú, era *una*, en el impersonal tenía que reconocermelo como *uno*: toda una metamorfosis lingüística, que consumía parte de mi energía y me hacía sentirme mal inesperadamente. Como a Concepción Arenal en el siglo XIX, cuando para entrar en las aulas tuvo que embozarse bajo capa y chistera, el lenguaje me forzaba a transmutarme en *uno*, a disimular mi condición de fémina que se piensa a sí misma y piensa el mundo.

Todavía a estas alturas, un cuarto de siglo más tarde y a pesar de lo mucho que lo gozo, el lenguaje sigue ofreciéndome motivos de reflexión y desencuentro. Por ejemplo, no me resigno a que por economía y costumbre los medios de comunicación tiendan a encasillarme como "*una de las*", para evitarse inconscientemente la fricción de asimetría que les produciría clasificarme como "*una de los*". Cuestión cuya importancia práctica comprendería inmediatamente cualquier aficionado a los campeonatos de fútbol o de baloncesto si se tratase de los participantes en la liga, por mucho que le trajeran al paio las reglas de construcción de los plurales.

El *Seminario Interdisciplinar de Estudios de la Mujer* fue y sigue siendo un proyecto ilusionador. Las primeras mujeres que lo constituimos procedíamos de campos diferentes y no nos unía una amistad previa; pero compartíamos con miles de estudiantes, docentes y profesionales una experiencia histórica nueva. Nuestras madres y abuelas nos habían ofrecido afecto y apoyo, pero no modelos. Ni reglas. Todo estaba por ensayar, por equivocarse, por aprender.

Aunque al empezar el Seminario apenas éramos nada en sentido administrativo, respondíamos a una necesidad intelectual y social. En pocos años, nuestras Conferencias de primavera eran apreciadas y bien conocidas por su calidad y sus contenidos innovadores. Contactamos con universidades de toda España y de medio mundo, pero también con los institutos de enseñanza media, los centros de investigación y los movimientos sociales. Creamos una línea editorial propia dentro del Departamento de Prensas Universitarias, y cientos de hombres y mujeres contribuyeron con sus aportaciones a nuestro afianzamiento y expansión. Tras la Reforma Universitaria, el Seminario fue reconocido como *Instituto Universitario de Investigación* por el Ministerio de Educación y Ciencia.

Ya que no puedo mencionar a todas las espléndidas profesionales que crearon y constituyen hoy el Instituto, permítanme que cite en su representación a dos de las fundadoras, Pilar Folguera y Mayte Gallego, y a su directora actual, Cristina Bernis. La ciencia no se produce en el vacío afectivo, y los sentimientos son motores y lastres, más potentes aún que los planes estratégicos, la dotación de plazas o los quinquenios. El caudal de sentimientos positivos que ha sabido generar y encauzar este Instituto es una de sus mejores creaciones. Las tres compañeras que he citado proceden respectivamente de Historia, de Ciencia Política y de Biología; pero mi propio trabajo en Sociología Económica se ha beneficiado con su estímulo y apoyo, con su inestimable ayuda.

## **1. LA INVESTIGACIÓN SOBRE CAMBIOS SOCIALES**

Es difícil reducir una gama amplia a varios puntos, pero creo que los cambios sociales que más me han interesado son cuatro:

1. El trabajo y su contexto de desigualdad social.
2. Los aspectos sociales de la salud y la enfermedad.
3. El uso del tiempo, en su dimensión económica y política.
4. El uso del espacio urbano y construido.

### **1) El trabajo**

Cuando buscaba materiales para mi tesis, en una oficina estadística sindical me respondieron (era a comienzos de los 70) que no disponían de datos separados por sexo porque allí no discriminaban a las mujeres. Aunque hasta la década de los noventa -y en sentido amplio, todavía hoy el trabajo que consume mayor tiempo a la mayoría de las mujeres es el realizado sin contraprestación económica directa en el interior de los hogares, yo no hallé entonces ni una sola cifra sobre esta forma de trabajo. Por ello, junto al intento de promover entre mis colegas la revisión de las relaciones entre *Hombres y Mujeres en la Teoría Sociológica* (así se llama el libro colectivo que sobre este tema nos editó el Centro de Investigaciones Sociológicas), he tratado de reducir el desconocimiento de las condiciones de trabajo de los trabajadores no remunerados, analizando su papel estructural en la economía y la sociedad española. Lo he hecho en los libros "*El trabajo de la mujer en España*", "*De puertas adentro*", "*La jornada interminable*", "*La contribución del trabajo no remunerado a la economía española*" y "*La cuenta satélite del trabajo no remunerado en la Comunidad de Madrid*", además de en numerosos artículos e informes.

### **2) Salud y enfermedad**

A los quince años quería estudiar medicina, pero después de desmayarme al ver curar las quemaduras de la mano de mi hermana Almudena, pensé que no valía para eso.

A finales de los setenta se efectuaron en la Seguridad Social y en el naciente sistema de bienestar español muchos cambios importantes. El profesor Martín López me invitó a realizar un estudio sobre las dimensiones socioeconómicas de la enfermedad, y aquello reavivó mi antiguo interés por la organización sanitaria y la salud. Cuajó en el libro "*Desigualdad social y enfermedad*", al que luego seguirían de forma continuada otros proyectos.

En este tema, mis experiencias personales se acompañan tanto con las profesionales que no necesito ir lejos para realizar el trabajo de campo. En 1995, la experiencia del cáncer y su consiguiente radio y quimioterapia marcaron en mi vida un antes y un después. No sólo en la privada, sino en la intelectual y en la pública. Si ya antes valoraba especialmente el compromiso de la ciencia con la sociedad, a partir de entonces este compromiso subió enteros. *"Diario de Batalla"* es un libro autobiográfico de ese período, y no va dirigido tanto a la comunidad científica como a los enfermos y a sus familiares y amigos. Con él he intentado aliviar algunos temores y contribuir al cambio de las actitudes que hacen sufrir innecesariamente a los enfermos y a los que van a morir.

Otros estudios en este campo son fruto de mi colaboración con la Organización Mundial de la Salud (OMS), entre ellos el de inminente publicación, dentro de una obra colectiva, titulado *"Una propuesta para la próxima década: la integración del trabajo no remunerado en el análisis de los sectores de salud y bienestar social"*. O el que promovió la Fundación BBVA sobre *"Los costes invisibles de la enfermedad"*.

Pero entre todos ellos quiero destacar un estudio que no sería central en un currículum montado para las evaluaciones externas, pero que forma parte de esas experiencias que dejan marca profunda en una trayectoria investigadora. Se trata del *"Informe ISEDIC"*, realizado para Merck sobre el impacto social de los enfermos discapacitados por ictus cerebral. Aún ahora se me erizan los vellos del brazo al recordar la tremenda situación que viven los enfermos y sus cuidadores. Alguno de los enfermos cuya situación se analizó llevaba cuarenta y siete años en estado vegetativo. De los cuidadores, casi todas mujeres, el 36% estaban recibiendo asistencia psiquiátrica por depresión; y la cifra sería aún más alta si, simplemente, tuvieran tiempo para ir al médico a cuidarse a sí mismos. Baste con decirles que lloré muchas veces, de rabia y de pena, mientras escuchaba la grabación de las entrevistas y repasaba las tablas para la redacción del informe. Este estudio, como otros similares, me obligó a recordar el dolor y la necesidad, me ató los pies a la tierra. ¿Qué vías nos ofrece hoy a los investigadores el sistema de ciencia y tecnología para que volquemos nuestro conocimiento hacia la acción, hacia la solución de problemas sociales?

Me temo que pocas y malas. Vivimos la presión de encerrarnos en una torre de marfil, de cifrar nuestro éxito en una carrera competitiva más orientada a los *citation index* que a la vida. Pero esa presión creciente no nos exime de la responsabilidad de romper el alejamiento y devolver a la sociedad lo que la misma sociedad nos ha dado.

### 3) El uso del tiempo

Desde el año 1975 vengo trabajando en el análisis del tiempo, como alternativa a la carencia de fuentes sobre el trabajo no remunerado. La *International Association for Time Use Research* (IATUR), ha hecho mucho por facilitar las redes de investigadores en esta materia, y sus congresos son una delicia para quienes en sus propios países se sienten minoritarios o aislados. La investigación sobre el uso del tiempo cruza de través otros campos, como la vida de familia, el empleo, los transportes, la educación, la salud o el ocio. Todo se hace *dentro del tiempo y a costa del tiempo*.

El pequeño grupo de investigación *"Tiempo y Sociedad"* es nuestra marca de identidad en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. En el recién creado Centro de Ciencias Humanas y Sociales, Silvio Martínez, Jesús Rogero y yo nos esforzamos con el auxilio siempre amable de Margarita Suazo- por mantener viva la investigación sobre el tiempo junto a una red de investigadores de otras universidades y centros de investigación de la que no puedo dejar de recordar a Mercedes Pedrero (Méjico), Rosario Aguirre (Uruguay), Alicia Garrido (Universidad Complutense), Susana García Díez (Frankfurt) y Cristina García Sainz (Universidad Autónoma de Madrid). A pesar de que a veces los eventos burocráticos nos hacen sentirnos como subidos a una montaña rusa, ya hemos sobrevivido como grupo durante más de diez años.

#### 4) El espacio

Mis amigos filósofos dirían que quien siente interés por las categorías temporales acaba sintiéndolo también por las del espacio, porque son inseparables. Para mí, la irrupción de este interés fue súbita y vino de la mano de Isabel León y Carlos Hernández Pezzi, que buscaban una socióloga para un proyecto NOW sobre "*Nuevas visiones del espacio público y privado*". Su invitación cayó en un terreno previamente abonado por la lectura y el análisis de "*La perfecta casada*" de Fray Luis de León (1583), que ya me había alertado sobre las bases ideológicas y económicas del uso de las viviendas y los edificios públicos. Lo que creí que iba a ser una colaboración puntual dio paso a un interés profundo por los cambios que estaban sucediendo en las ciudades españolas. A un primer seminario en Granada siguieron cursos en Málaga, en Toledo, en Huelva. Me obligaron a pensar y ver bajo un nuevo prisma los barrios, el metro, las cocinas, el Congreso de los Diputados, las iglesias, los letreros luminosos, las escaleras. Durante una estancia en Cambridge terminé de escribir mi parte del libro "*La ciudad compartida*", por el que nos dieron a Hernández Pezzi y a mí el premio de ensayo de urbanismo *Fernández de los Ríos*.

Quizá la última manifestación de este interés por el espacio sea el todavía nonato proyecto de levantar una *Fundación para la Recuperación del Patrimonio Arquitectónico* en Sierra de Gata. Parafraseando a Sennet, las ideas han ganado cuerpo y se han transformado en piedra. Quizá el desafío sea demasiado grande para quienes tenemos como casi único patrimonio nuestro trabajo y la confianza en el futuro. Quizá la Fundación no consiga salir adelante. Pero en cualquier caso, las diez primera casitas multicentenarias apuntaladas o en vías de recuperación son ya un hecho, y esperamos que su número siga creciendo.

## 2. EL FUTURO

Si les digo la verdad, más que el pasado y el presente me ocupa y preocupa el futuro.

Hace ya cinco años que me dieron el sexto sexenio, y parece que a partir de ahí no hay mucho interés en estimular la investigación, porque no existe el séptimo. A pesar de eso, circulan propuestas para hacer más flexible la jubilación y sus calendarios, y quién sabe si para cuando me corresponda, la situación habrá cambiado.

En cualquier caso, y aparte de la posible prolongación como emérita, serán el cuerpo y la salud quienes realmente decidan sobre el final de mi vida activa. Si me acompaña la fortuna de estar bien, de una u otra manera seguiré tratando de aprender y transmitir lo que haya aprendido. Lástima que, habiendo tantas ideas atrayentes que nos hacen guiños, el tiempo sea tan breve; y que nuestras vidas apenas alcancen para asomarnos a un par de ellas, y enseguida acaben.

A corto plazo, es razonable esperar que cumpliré los compromisos pendientes que llevo retrasados: conseguir el reconocimiento legal de la *Asociación Científica Tiempo, Economía y Sociedad* (ACTES), que creamos informalmente hace unos meses; elaborar la segunda cuenta satélite del trabajo no remunerado para Madrid y para España; terminar para el CIS el libro de *Metodología de la investigación sobre el uso del tiempo*; y otro proyecto, que me ilusiona por lo que tiene de salto de escala en el tema del trabajo no remunerado y que espero terminar para la Fundación BBVA. De este último, en el que por primera vez trataré de conseguir una visión globalizadora, a nivel mundial, he dedicado por ahora más energía a poner las bases de la cooperación con investigadores de otros países que a avanzar en la escritura del texto. Es el motivo, a la vez causa y consecuencia, que me lleva a viajar a Latinoamérica con gran frecuencia, tratando de consolidar una red realmente internacional de investigadores sobre el mismo tema.

Todas estas tareas ya comprometidas me esperan para los próximos años, pero soy consciente de que, cada vez más, el desarrollo de lo que inicie dependerá de que otros y otras más jóvenes quieran asumirlo y continuarlo. Tanto en la vida profesional como en la vida familiar y privada. Aunque a pasos

lentos, el cierre del círculo se va acercando, y cada vez más a menudo miro hacia atrás. Hacia la infancia. Hacia la imposible y proustiana recuperación del tiempo perdido.

Para crecer, tuve que olvidar muchos de los temores, creencias y sueños de aquella niña de largas trenzas que un día fui. Mucho de mi interés actual por recuperar la memoria y las imágenes, tiene que ver con este viaje iniciático hacia la niñez. Me siento con licencia para recuperar en el recuerdo nuevas formas de conocimiento que no se expresan en las palabras, ni se atienen a las estrictas reglas de la lógica. Me atraen las ideas escondidas debajo del color y de los olores, en el sentido del tacto.

En cualquier caso, para dar rienda suelta a la indagación sobre estas formas desusadas de conocimiento, necesito mucho tiempo por delante y otros contextos. No es su momento todavía; en el ahora y en el futuro inmediato primarán otras urgencias, más en línea con lo que hasta ahora he ido haciendo desde la Universidad y desde el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Queda mucho por hacer, y algunos de los proyectos más interesantes parecen brillar al alcance de la mano.

Ustedes serán testigos de lo que en este futuro suceda. Gracias a la Universidad Autónoma de Madrid por acogerme con el nombramiento de *Doctora Honoris Causa*, y gracias a todos ustedes por estar hoy conmigo.